

en manos tan exterminadoras, no por conseguir más poderes, que nada importaban á su hastío, ni por agrandar territorios, que nada pesaban en su ánimo, desligado ya de las juveniles ambiciones, sino por sed hidrópica de amor que deseaba extinguir en sus labios. Cediendo Kumarita, la irrupción se acabaría como fugaz tempestad del estío. Las pasiones humanas jamás llegan á desengañarse cual se muestra por Iodlah, quien pretendía conseguir de reina, esposa y madre, lo no conseguido en otro tiempo de la pobre y modesta doncella, consagrada por los vicios de una liturgia corrompida y por las supersticiones de un sacerdocio degradado al amor de todo el mundo. En cuanto recibió la reina el mensaje convocó á sus generales para que le dijese si había resistencia. Bajando éstos la cabeza con desesperación, le anunciaron que sólo había ó la entrega ó la muerte. Y entonces Kumarita reunió sus ídolos en el regio palacio, con sus ídolos toda su prole, y pegando fuego al edificio por los cuatro costados, llevó al mensaje audaz la debida respuesta con los relampagueos y con las cenizas del incendio. Así acabó aquella gloriosa heroína de la castidad y del honor.



KOUANYIN

Faltaría en este museo un retrato si faltara un ejemplar, á lo menos, de cuánto significa la mujer en el imperio chino. Como tal raza y tal pueblo hanse de antiguo empeñado en quedarse aparte y solitarios en el mundo, la historia humana, de cuyo seno han huído, el espíritu universal, á cuyo vivificador aire han renunciado, los tienen todavía en grande menosprecio y no saben considerarlos cual suelen á otras naciones de menos importancia social. Con decir que libros históricos dedicados á presentar los desarrollos principales de nuestro espíritu en la tierra prescinden del pueblo é imperio chinos, omitiéndolos por completo cual si estuviera su espacio fuera del planeta, su nombre fuera del género humano, con decir esto hase dicho todo. La muralla levantada en derredor de lo que denominan ellos la tierra de en medio, esa muralla colosal, titá-

nica, larga, los ha emparedado dentro de su territorio, hasta que su encuentro, especie de hallazgo milagroso, debido, no tanto al valor heroico de los descubridores como al entendimiento astuto de los eclesiásticos, su hallazgo, á pesar de topar con ellos vivos y animados, se pareció á lo que más tarde fuera el célebre hallazgo de las ciudades enterradas bajo las cenizas del Vesubio. ¡Qué diferencia entre tal pueblo y el pueblo indio! Mientras á este último se le atribuyen por la historia moderna los orígenes de nuestra religión, de nuestra ciencia, de nuestra familia, de nuestra raza y hasta de nuestra compleción progresiva, sucede con el chino todo lo contrario, se le deja como un ejemplar singularísimo, puesto por su alma y por su historia fuera casi del humano linaje. Mongol por su origen, de piel amarilla, de lenguaje monosilábico, de letra ó escritura cuasi jeroglífica, de instintos utilitarios, de caracter egoísta, poco religioso, nada metafísico, sujeto á la conquista y á un imperio de tal conquista representante, extravagantísimo en verdad más que original, de un brillo que se parece al barniz y al externo lustre, de una incurable fragilidad, el chino, todavía hoy, á pesar de la grande imparcialidad que distingue á nuestra ciencia y á nuestra historia, no ha conseguido la universal amnistía por los pueblos modernos acordada sin restricciones á

todos los otros asiáticos, á todos, considerados antes, en edades no muy lejanas, cual verdaderos bárbaros. En el mismo pueblo americano, donde la libertad abre sus puertas á todos los hombres del mundo sin preguntarles por su nación y por su origen, se han hecho excepciones varias con los chinos, expulsándolos de un territorio adonde parecen converger y donde parecen concentrarse los rayos diversos de la civilización universal.

Realmente un territorio que ocupa en el Asia parte tan principal, que tiene cuatrocientos millones de seres humanos, que por un lado confina con las mesetas donde ha nacido la humanidad y por otro lado confina con los mares donde se cruzan los principales productos del humano comercio, no puede á nuestra curiosidad exentarse mucho sin que despreciemos con este desprecio inferido á él una faceta más ó menos hermosa del espíritu nuestro y una raza más ó menos importante de nuestra humanidad. Por tal razón hemos de presentar nosotros el aspecto femenino de la China en esta especie de pinacoteca erigida por nuestro corazón á la mujer y á su historia. En la raza mongólica no ha tenido nunca el bello sexo la influencia que alcanzara en los pueblos arios y en los mismos pueblos semitas. Por consiguiente, difícil, muy difícil de hallar entre los chinos aquellos ejemplares de mu-

jeros ilustres encontrados por nosotros, de acuerdo con el sentimiento universal, en los primeros capítulos de la Biblia y en los dramas y en los poemas indios. Por eso vamos á seguir aquí un proceder distinto del proceder seguido en los retratos de mujeres que al sol de Judea ó Egipto hemos trazado. Los chinos poseen libros á los cuales debemos llamar antes de moral que de religión ó de metafísica. Y entre los libros morales de China, el más vulgarizado y de mayor valimiento popular es el conocido con la denominación de *Nenúfar Blanco*, flor á cuyo cáliz y aroma atribuyen los chinos virtudes varias de consuelo, santas promesas de amor. Y en este libro se contiene un rito consagrado á Kouayin, mujer de quien se hacen lenguas los budhistas, por haber sido la única de su sexo aceptada en el apostolado célebre de Budha, quien tuviera discípulos, cual Cristo, pero todos ellos hombres. La singular mujer admitida en el cenáculo budhista debía naturalmente atraerse muchas bendiciones y brillar con esplendoroso brillo entre las hembras históricas. Mas no busquéis aquí, porque imposible hallarla de ningún modo, aquella gran fuerza de apoteosis, aquella virtud antigua de pura divinización que tuvieron los indios, habilísimos en rodear con aureolas mitológicas las sienes de sus mujeres, cuyos piés se mezclaban con los piés de las especies

inferiores y hasta con las raíces de los vegetales, pero cuyas frentes frisaban á una con las diademas de los dioses. El chino carece de inventiva y de imaginación. Él no sabe sembrar de genios y de dioses los espacios inmensos como supieron los arios. Toman sus ídolos un aspecto menos que humano, un aspecto vulgar, y toma su religión un aspecto moral. Por consiguiente, la discípula budhista, bajo cuya célebre advocación ponemos los tipos de mujeres divinas, queda muy lejos de las diosas, tan abundantes en las cumbres del Himalaya y del Olimpo. Verdad que representa la misericordia y la compasión, por lo cual oye una letanía exhalada de las bocas afligidas; verdad que tiende su manto sobre las espaldas de los náufragos y ampara con sus consuelos á las esposas estériles; verdad que su apostolado y su misticismo no empecen á presentarse con su hijo en los brazos como llamando también á los huérfanos; pero verdad las imposibilidades múltiples que se ofrecen para confundirla con aquellas mujeres divinas que antes hemos visto, las cuales representan la más hermosa é increíble apoteosis que hayan de la mujer hecho los antiguos tiempos y los antiguos pueblos. Aquí, en la China, todo tiene un carácter positivo, todo toma proporciones regulares, todo se presenta más por su lado moral y útil que por su lado reli-

gioso y estético; la historia pierde todas sus perspectivas y los personajes parecen vivir fuera del ambiente.

Imposible de toda imposibilidad estudiar la mujer china sin estudiar el medio donde nace, vive y muere, después de haberse transmitido á las generaciones venideras por su descendencia, y á la historia por sus acciones ó por sus obras, y al suelo por su cadáver. Las mujeres históricas no están en el tiempo y en el espacio inmóviles como estatuas bajo el cielo y sobre el pedestal. De los campos extraen jugo y sangre, como el árbol savia; en el aire verifican las combustiones de su respiración; el agua natal se mezcla con sus humores y constituye parte de su naturaleza fisiológica, tan influyente sobre la naturaleza psicológica; nótrese, no sólo de los alimentos pedidos á su fauna y á su flora, sino de los átomos circulantes en torbellinos invisibles por doquier, y hasta existe una relación misteriosa entre su espíritu y los horizontes que la iluminan y el suelo que la sobrelleva, pues nuestra organización se hunde por sus raíces en la materia, como por su alma se dilata, cual hermosísima copa de árbol misterioso, en la inmensidad y en la infinidad de los cielos. Inútil estudiar el carácter moral de los individuos sin estudiar el carácter fisiológico, é inútil estudiar el carácter fisiológico sin

estudiar el medio ambiente de donde han brotado y donde se han, digámoslo así, nutrido. China se halla en relación armoniosísima, cual ninguna otra de las diversas regiones, con aquella raza que la puebla y la cultiva. Sus uniformes planicies, la dirección de sus montañas, el paralelismo de sus dos mayores ríos, llamados uno Azul y otro Amarillo, hacen que la inmensa tierra, extendida desde las mesetas del Thibet hasta las orillas del Pacífico, tenga en sus inviernos temperatura, por término medio, semejante á la temperatura de París y en sus veranos temperatura, por término medio, semejante á la temperatura de Andalucía. Y no obstante dulcedumbre tal, muchas veces llegan sus inviernos á la temperatura del polo y sus veranos á la temperatura del trópico. Mas, como suceda esto en regiones restrictas y por excepción, realmente no imprime carácter al temperamento chino y no determina en él una variedad apreciable. El medio geográfico en que las gentes del Celeste Imperio se mueven, parece mucho á las regiones occidentales de nuestra Europa y á las regiones varias del Norte de América. Si bien por el Thibet y la Tartaria entra territorio tanto en las zonas boreales, mientras por la región llamada Indo-China entra en las zonas tropicales, aquella uniforme planicie del centro presta por su parte también mono-

tonía y uniformidad indecibles, así al imperio como al pueblo. En medio de su exuberante naturaleza, la fantasía del indio estalla como una fulguración volcánica, enviando en las rojizas nubes de humo, y en los aereolitos de piedras encendidas, y en los ríos de lava, y en las columnas de fuego, y en las cataratas candentes, por los espacios cerúleos y por los abismos profundísimos, dioses y diosas sin número. En China, la planicie uniformemente verde, la cordillera tirada en líneas regulares, los ríos de llanas orillas y de comunicación facilísima entre sí, convidan á la proporción, á la medida y al cálculo, por lo cual acaso este pueblo extraño haya hecho de las matemáticas como una teología, de los números como unos dioses y de las medidas como unas leyes morales.

Aunque de origen mongólico, han variado muchísimo al curso del tiempo eterno y al influjo del medio ambiente. Su estatura es mediana, más bien chica que alta. Las formas tiran en ellos al círculo, no á la elipse. Los miembros adolecen de una debilidad incurable, pues los diríais frágiles como sus porcelanas. La complexión propende á linfa y á paciencia. Bien pronto la obesidad se sobrepone, y acaba por darles forma repulsiva, pues, á causa de su color pajizo, diríase que no tienen sangre roja en las venas, y á causa de sus ojos claros y de sus

retinas rectilíneas diríase que tienen parentesco cercano con las aves nocturnas. Aquel rostro amarillo y redondo muestra una impasibilidad que nos desesperaría de seguro en todo trato frecuente con ellos á nosotros los móviles y nerviosos occidentales. ¡Qué quijadas tan extrañas y tan diversas del concepto general en que se fundan nuestras nociones anatómicas! ¡Cuál contraste brusco entre los pómulos salientes y la nariz tan hundida como chata! Aquella mirada oblicua, y aquellos párpados caídos, les dan aspectos tan extraños que, á veces, les tomamos, no como individuos pertenecientes á una especie viva, como figuras impulsadas por movimientos mecánicos. Su cabeza grande, aunque poco esférica, se halla cubierta por abundantísimo aunque cerdoso cabello. Sus movimientos tienen un balanceo como el de sus barcos en el río, y todo su sér diferencias capitales con las demás razas. Apártanse mucho entre sí las gentes del Norte y las gentes del Mediodía. También se diferencian los que profesan hoy la religión mahometana de los que profesan la religión budhista, ó las demás creencias indio é iranio-chinas. Como dividen los puntos cardinales en cinco, á diferencia de nosotros, que los dividimos en cuatro, dividen las razas fundamentales chinas en cinco también, y á cada una de ellas les asignan caracteres diversos.

Lo que realmente podemos dar por averiguado en esta división es que los chinos del Norte se distinguen por su fuerza y por su vigor, mientras los chinos del Mediodía por su industria y su prudencia, constituyendo los unos el nervio militar de aquellas razas é imperio, mientras constituyen los otros el grande organismo mercantil. Realmente nada prueba tanto cómo se impone la unidad á las mayores contradicciones, y cómo el espíritu domina la materia, cual esa uniforme civilización extendida por el imperio sobre familias de pueblos, no solamente diversas, sino hasta contradictorias y opuestas. Tibetanos, mongoles, malayos, birmanos, y omitimos dos ó tres variantes, entran, merced á una gran burocracia mantenida por una especie de sacerdocio científico y subrogada por completo á un emperador absoluto, en creencias, en costumbres, en hábitos, en pensamientos, en dogmas tan uniformes, que llegan á predominar sobre cuantas contradicciones puedan producir los temperamentos y los humores enemigos, aun después de haber batallado abiertamente y en guerras perdurables por siglos de siglos.

Para caracterizar la civilización china encontramos rasgos bien propios de tal pueblo y bien diversos de los que á otros pueblos distinguen. La inmovilidad patente de su estado político y social se co-

noce por ciertas instituciones, las cuales son privativas suyas, y si no privativas suyas, determinadas por su carácter especial con una determinación clarísima y selladas con un sello indeleble. Su escritura está muy lejos de la escritura que nosotros recibiríamos del pueblo fenicio y muy cerca de la escritura jeroglífica. No puede calcularse cuánto ha servido á la cultura humana la invención del alfabeto, permitiéndole con las combinaciones varias de letras el expresar numerosas y universales ideas. Por consiguiente, no puede tampoco decirse cuánto y cómo los progresos humanos llegan á detenerse, trabados por los caracteres jeroglíficos, especie de símbolo, dentro de los cuales caben muy pocas ideas, y sobre todo muy pocas síntesis, de aquellas que dan al pensamiento su incondicionalidad y que formulan leyes universales de la humana razón. Con decir que los primeros signos figurativos dispuestos por China se reducían á nudos puestos en cuerdas tejidas por sus burócratas, hemos dicho bastante sobre la inopia de aquella escritura y sobre las escasas ideas que podía expresar. Diecisiete siglos antes de nuestra era comenzó la escritura china, componiéndose de quinientas cuarenta figuras simbólicas, y que, á pesar de su número, no podían corresponder al número de los objetos y al número de las ideas en las mismas edades primiti-

vas y en los mismos pueblos bárbaros. Recuerda esta escasez de símbolos en la escritura china la numeración de las razas autóctonas europeas, las cuales, durante muchos siglos, no pudieron pasar nunca del número diez. Imaginaos que para los cielos inmensos y las miríadas infinitas de sus astros solamente usaban siete signos; para las eminencias, las colinas, las fuentes, las aguas, las piedras y todas las manifestaciones del fuego, diecisiete; veintitrés para caracterizar al hombre con todas sus facultades propias y con todas sus relaciones políticas; seis para los trajes; treinta y cinco para los utensilios; para todos los pájaros once; para todos los cuadrúpedos cinco, y dos para los peces, careciendo de toda escritura para significar palacios, jardines, pedrería, música, moneda, vidrio, porcelana y ni siquiera metal. Entre las plantas apenas se pinta el arroz, el trigo, la morera, el té y el bambú. Ninguna demostración tan evidente de lo imperfecta que apareció tal civilización en sus primeras edades. Una escritura tan escasa correspondía con un primitivo espíritu.

Todavía resulta más característica de la civilización descrita su lengua que su escritura. Sabida es la evolución del idioma universal, que se divide por los filólogos modernos en monosílabo, aglutinante y flexivo. La lengua monosílaba se halla

muy cerca del instinto. Y que se halla muy cerca del instinto está demostrado por su semejanza con el grito de los animales. Así los sustantivos en ella tienen caracteres de verbo, las raíces permanecen inflexibles, y el significado de éstas, muy complejo, varía, según el sitio que ocupan en la frase. El número de monosílabos resulta muy escaso y muy semejante al número de símbolos en la escritura, como si quisiéramos anotar por medio de letras ó por medio de palabras la diversa expresión de los animales. El tono y los acentos, cuyo menor cambio suele originar otro nombre, representan un gran papel y cumplen un gran ministerio en las lenguas monosilábicas. Mas en realidad ¡qué atraso esta especie de lenguaje, sólo explicable por una parvedad en las ideas, la cual no podemos comprender nosotros los pueblos romanos, servidos por analogías copiosas, por diccionarios riquísimos, por construcciones y sintaxis de una verdadera maravilla! Con estas lenguas monosilábicas y con estas escrituras jeroglíficas, nada tan fácil como tener cierto número de ideas vinculadas en una casta y no dejarlas percibir por las otras castas enemigas é inferiores. Con decir que no hay nombre para Dios en la lengua china, cual no hay signo de Dios en su escritura, dícese harto cómo las castas allí no tomaban el carácter sacerdotal de las castas indias

y no tenían, por ende, su aspecto religioso. Eran castas de burócratas, dirigidas por verdaderos mandarines, denominación muy adecuada con su ministerio y con su carácter. Mas, á pesar de todo esto, á pesar de no tener una metafísica, mejor dicho, una teología donde fundar castas duraderas, lenguaje y escritura contribuían de consuno á establecer diferencias muy señaladas entre unas y otras jerarquías de chinos, porque nada tan fácil como esconder á las ajenas miradas toda escritura jeroglífica, y como sacar de unas lenguas monosílabas otras lenguas monosílabas sin relaciones entre sí, por lo cual se ha llamado á esta manera de lenguaje aisladora é incomunicativa.

Un pueblo donde las castas se constituyen por medio de la burocracia debe aparecer como un pueblo esencialmente calculador y matemático. En efecto, su religión merece aquel nombre con que un pensador profundo la designara, merece llamarse religión de la medida. Las líneas y los números ocupan un término medio entre las realidades y las abstracciones. Por un lado pertenecen al espíritu como el tiempo que cuentan y como el espacio que limitan, mientras por otro lado pertenecen á la viva realidad, pues los cuerpos toman la forma esférica, recorren elipses y parábolas, componen álgebras, geometrías, aritmética, trazados de líneas,

suma de números, por modos más ó menos inconscientes. La línea y el número: he ahí los verdaderos dioses de la China. La cuenta y la medida: he ahí el verdadero culto. Lo universal resulta una suma en el Cosmos para los chinos. Y la unidad es adorada en la persona del emperador. Thián, la suma de todos los números y el punto generador de todas las líneas, representa los seres en el universo, mientras el emperador, la suma de todos los derechos, el promulgador de todas las leyes, representa todos los ciudadanos en la sociedad. Por eso el sublime Thián y el celestial emperador se corresponden. El cielo chino está completamente vacío. Aunque las almas se disipan y evaporan en él, no dejan por eso á los cuerpos, formando desde los senos de la muerte genios verdaderos en los organismos de la naturaleza. El cielo y la tierra no se hallan separados en su teología como los separamos nosotros; correspondense á una entre sí como se corresponden los horizontes y los lagos. La medida del universo está en Thián, y de la sociedad en el emperador. Uno y otro dan leyes, á las cuales todo debe ajustarse, y que por lo mismo toman el nombre de medidas en el doble lenguaje del estadista y del matemático. La línea casi es y no es al mismo tiempo. Una recta horizontal significa la afirmación y el uno, pero truncada la negación y el no. Igno-